

EL CONSUMO DE MADERA EN LAS *VILLAE* ROMANAS

Enrique Cerrillo Martín de Cáceres

Área de Arqueología. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Extremadura. Campus Universitario s/n. 10071-CÁCERES (España). Correo electrónico: cerrillo@unex.es

Resumen

Se analizan algunos de los potenciales usos de madera en el mundo tardoantiguo en la actual Extremadura. Se tienen en cuenta las huellas de su empleo en la construcción, así como en otras actividades agrícolas y ganaderas o en útiles de uso cotidiano.

Palabras clave: *Tardoantigüedad, Architecture, Actividades agropecuarias, Actividades cotidianas*

INTRODUCCIÓN

Durante las últimas décadas se ha podido observar un uso a veces poco adecuado del término paisaje dentro de los estudios de Arqueología. Este tipo de análisis ha sucedido a los de espacio y territorio más propios de las décadas de los setenta y ochenta pasados. La riqueza conceptual que encierra este término se centra en el conjunto de percepciones individuales y colectivas de carácter cultural. Pero ello requiere también un intento de reconstrucción del paisaje, a caballo en el que sea posible observar la eterna interacción del grupo humano asentado y el ecosistema que lo rodeaba y cómo ambos han evolucionado a través del tiempo. En medio de esa polémica se halla también la de si la presencia de determinadas especies forestales constituye un endemismo o de si se trata de introducciones sucesivas realizadas por los grupos humanos a lo largo del tiempo.

Acaso la presencia de masas forestales, igualmente en continúa recesión o extensión, sea una de las notas más sobresalientes que están presentes en los paisajes históricos, en especial en aquellas zonas más antropizadas debido a la proximidad/alejamiento de las áreas urbanas o de

zonas cercanas a la obtención de recursos naturales, entre los que lógicamente se hallaba la obtención de madera como materia prima para la obtención de los más variados artefactos, como para otros empleos, en especial el de combustible. La dificultad de cuantificar el consumo de materia para ambos usos y de establecer cuantitativamente por ciclos temporales, así como discriminar las diferentes especies arbóreas utilizadas no deja de ser un deseo por las no pocas dificultades que ello entraña desde el punto de vista procedimental.

Las fases históricas más cercanas poseen multitud de formas para rastrear la información, ya sea de un modo directo o indirecto sobre las formaciones arbóreas. Desde las crónicas medievales, los libros de caza o la toponimia pueden establecerse sucesivos estratos que dan buena cuenta de esas especies dominantes de épocas pasadas. A partir del siglo XVIII suelen ser frecuentes los interrogatorios generados por el propio Estado absoluto con distintos fines cuales son las especies más frecuentes dentro de cada término municipal, pero no siempre su información es la más adecuada, pues la respuestas no suelen ser uniformes a la hora de manifestar con detalle qué masa forestal es la que rodea el

núcleo urbano. No es extraño cuando se vierte sobre el mapa esa información hallar bosques de determinadas especies que parecen ser islas exóticas rodeadas de otras, cuando simplemente se trata de una ausencia de respuesta de los restantes municipios (BLANCO, 1994).

Zonas de monte alto, con especies animales propias de él, aparecen en la actualidad totalmente despobladas por una presión sobre el mismo o por incendios descontrolados promovidos por las rozas de fines del verano-otoño. La percepción que hoy ofrecen las sierras de los Alcoces y el cerro de los Romanos, en las proximidades de Cáceres contrasta con textos del siglo XVIII en los que el autor actúa como cronista de dos momentos de la percepción: “Continuando el referido Valle, y su mucha extensión, está un collado, que llaman Sierra de San Benito: no hace muchos años era un espeso monte de arbolado alto, con abundancia de caza mayor y hoy apenas se ven carrascos, por causa de los incendios” (CERRILLO, 2009) (Figura 1).

Tampoco faltan en épocas recientes datos que pueden obtenerse de la lectura de libros de viaje, ya sean peninsulares como de fuera de ella

suelen dar cuenta de los bosques si los hay o por el contrario de la despoblación que ofrece el paisaje. Simplemente el trascurso de poco más de doscientos años ya significa un notable cambio entre esas informaciones y lo observado en el momento presente, en donde el primitivo bosque ha dado lugar a áreas desforestadas, cuyo proceso no es necesario buscarlo demasiado temprano sino que corresponde a fechas relativamente recientes.

Si esto fue así en espacios temporales de trescientos años, intentar recuperar la visión de otros bosques en fases cronológicas más antiguas resulta una acción casi imposible, si bien los medios analíticos actuales permiten un reconocimiento bastante exacto de las formaciones boscosas a través de los análisis de los pólenes residuales, pero sería necesario realizar ciertas apreciaciones que maticen la operatividad de su empleo a determinados periodos y en determinadas zonas donde ello sea posible. Mi experiencia personal en la zona de la actual Extremadura me ha permitido reconocer la dificultad que existe en la toma de muestras, en especial en zonas que poseen escasos suelos vegetales y que las ruinas



Figura 1. Vista del cerro de los Romanos en la sierra de los Alcoces (Cáceres)

arquitectónicas se hallan a escasa profundidad –no más de 15 cm de profundidad- donde el constante laboreo y remoción por el arado, así como una combinación con un uso ganadero estante, impiden la extracción de datos con el suficiente grado de fiabilidad como para realizar un análisis de este tipo.

Una visión actual de las zonas en las que he trabajado habitualmente, en la antigua provincia de Lusitania, que es donde he desarrollado mi investigación, ofrece trazos que pueden ser puestos en valor, aunque se trate de simples recuerdos. El establecimiento de un bucle etnoarqueológico ofrece no pocas posibilidades de afirmar ciertas prácticas del empleo de la madera en los comportamientos cotidianos de las prácticas agrarias. Las transformaciones conocidas por algunos de nosotros en el paisaje rural han sido enormes, ya que han desaparecido muchas de las manchas boscosas de encinares situados en medio de lo que no hace más de cincuenta años eran a la vez campos de labor destinados a cultivos rotatorios de carácter cuatrienal. La mecanización de estas zonas supuso una eliminación radical de esos encinares que anteriormente eran salvados mediante el

arado de tracción animal. En el recuerdo a través de viajes quedan amplias zonas con abundancia de estos árboles convertidos en extensos pastizales, pues la PAC los ha convertido en tales, ante el enorme esfuerzo económico que suponía la obtención de unos reducidos o medianos resultados en la producción cerealística (CERRILLO, 1989, 1990; CERRILLO *et al.*, 1989).

Algunos asentamientos excavados, como la villa de Monroy en la provincia de Cáceres a la que haré numerosas referencias, ofrecen un paisaje de dehesa con la encina como única especie arbórea actual (Figura 2), pero el grosor del tronco de una de ellas situado justo sobre el *impluvium* del peristilo –y que no ha sido excavado por tal razón- no parece poseer más de doscientos años, dada la lentitud del crecimiento de esta especie, lo cual es muestra de una formación relativamente reciente, que no está presente en las inmediatas propiedades (Figura 3).

La propuesta que hago a continuación está encaminada a valorar el consumo de madera dentro de los asentamientos rurales romanos, en un período cronológico desde el cambio de era hasta el siglo IV-V, bien entendido que posee un



Figura 2. Fauces de la villa romana de Monroy. Al fondo encina situada en el *impluvium* del peristilo

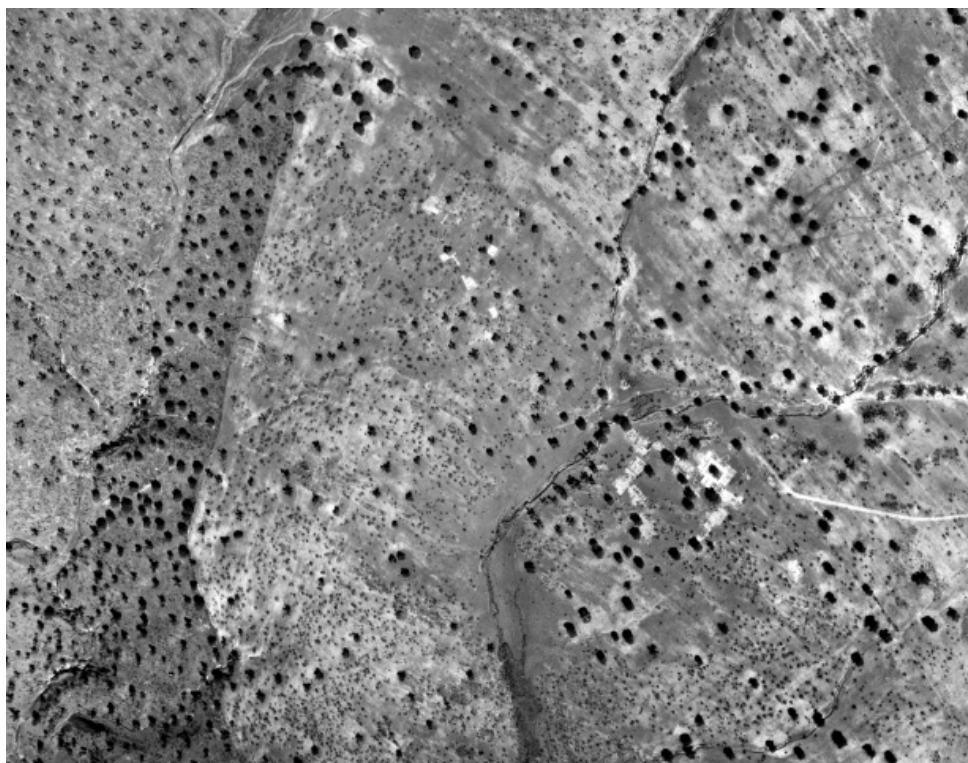


Figura 3. Fotograma aéreo de la villa romana de Monroy y la masa forestal (1984)

valor hipotético, puesto que la madera es la gran ausente del registro arqueológico, y sólo en muy determinadas condiciones es posible su conservación. Esa ausencia, valga la contradicción, está presente en el instrumental relacionado con la transformación de la madera detectado a través de las excavaciones; en objetos cuyo uso implica necesariamente la aplicación de este material y usos etnoarqueológicos derivados de actividades agropecuarias y en otros de tipo ritual.

LA VIDA RURAL ROMANA Y EL EMPLEO DE LA MADERA

El estudio de los hábitats rurales de la época romana ha estado tradicionalmente más enfocado hacia el análisis de las estructuras arquitectónicas halladas, su tipología, el análisis de los pavimentos musivos y al del sistema de asentamiento. Como mucho se han ensayado análisis a partir de las relaciones campo-ciudad, la correlación entre los primitivos modos de acceso a la propiedad de la tierra en los momentos de la colonización romana mediante las centuriaciones, o el paso

hacia la formación de la gran propiedad latifundista de los momentos finales del Imperio. Otros análisis relativos a la extensión de los *fundi*, a la producción o a ensayos sobre la cuantificación de ésta no han hecho sino comenzar.

Una primera aproximación del análisis de los paisajes forestales arrancarían de una visión actualista del paisaje forestal, tratando de aplicar algunos de los datos observados en el presente, pero ello implica no pocos problemas de tipo metodológico.

En cambio he preferido analizar el empleo y la existencia de maderas, con independencia de la especie a la que pertenezcan en los asentamientos rurales romanos. Pero, como es natural, su caracterización ha de ser considerada como un elemento arqueológicamente en estado de ausencia debido a las propiedades orgánicas y al propio proceso tafonómico. El uso de la madera implica toda una cadena de comportamientos humanos predeposicionales de selección, acarreo, trabajo y preparación para su uso, pero casi nunca es observable durante el proceso de excavación, máxime en las circunstancias a las que se ha aludido anteriormente. Pero la evidencia de la madera puede inferirse a través del instrumental aplicado en

dicho trabajo, como es el caso de la tumba I de la necrópolis de Fuentespreadas (Zamora) que contenía una serie de herramientas propias del oficio de carpintero, depositadas junto a su dueño en el momento del entierro. Entre ellas se hallan azuelas, hacha doble de carpintero, barrenas, formones o escoplos (CABALLERO, 1974).

La villa romana ha de ser considerada como una unidad compleja de producción agropecuaria, pero también como una unidad de consumo de energía procedente del medio ambiente más próximo y de producción de la misma con destino a su consumo, ya sea en el ambiente más inmediato en el propio *fundus* o con destino a la exportación en las áreas urbanas. En cierto modo la villa no deja de ser un eslabón intermedio de consumo entre el medio ambiente y los mercados urbanos.

Entendido así, ya sea individualmente o a modo de sistema de asentamiento, estos asentamientos consumen una gran energía procedente de las formaciones boscosas próximas o más o menos lejanas. La complejidad que se observa desde los diferentes ámbitos que sea posible, así lo demuestra, lo cual requiere de un constante abastecimiento de maderas. Mucha de la información que se analiza en los apartados siguientes procede de las excavaciones realizadas en la villa romana de Monroy, en la provincia de Cáceres, durante los años 1981 a 1989. Esos trabajos fueron autorizados y financiados por la entonces Subdirección General de Arqueología del Ministerio de Cultura y desde 1984 por la Junta de Extremadura. Otros datos proceden de diversas excavaciones de villas de *Hispania* (CERRILLO, 2006).

LA MADERA Y EL PROCESO CONSTRUCTIVO

El primero de los puntos de observación es el arquitectónico. Habitualmente se valora la arquitectura de estos asentamientos dentro de unas tipologías presentes, a través de sus plantas más o menos pautadas y centradas en torno a un patio o peristilo, en torno a sus crujías se sitúan un buen número de estancias de distintas dimensiones, tipología y función. De ellas queda cumplidos restos arquitectónicos al haber sido ejecutados con materiales cristalinos extraídos de áreas más o menos próximas. En otros casos,

ante la ausencia de éstos se realizaron mediante tapias y adobes los cuales quedan registrados en el proceso de excavación. Sin embargo, las maderas que formaron parte del soporte de las cubiertas se hallan en estado de ausencia. Acaso esas manchas negruzcas que aparecen a menudo durante el proceso de excavación, caracterizadas por una excelente delimitación, una fina textura y olor característico hayan de ser interpretadas no como restos de incendio, sino como zonas de concentración de maderas cuya putrefacción se produjo *in situ*. Tales manchas oscuras generalmente se hallan en el nivel de destrucción de los edificios bajo la capa de *tegulae* e inmediatamente sobre el nivel del último de los pavimentos de las habitaciones objeto de excavación.

La presencia de las *tegulae* determina la existencia de un entramado de madera que le sirva de soporte, dado el elevado peso que este material posee, al que hay que añadir las correspondientes *imbrices* que contribuyen a impermeabilizar la cubierta. Es preciso crear un entramado de vigas con un tipo de madera que pueda resistir el peso de los tablonos sobre los que se han de situar a su vez las *tegulae* sobre una delgada capa de cal de amarre que impida su desplazamiento. El peso de la cubierta externa implica necesariamente un correcto trabajo de carpintería, que también queda evidenciado en el registro arqueológico a través de la abundancia de clavos que suelen aparecer, indefectiblemente, en la misma unidad estratigráfica que forma el nivel de destrucción (LA TORRE Y GURT, 1982).

Además, casi con toda seguridad, en aquellas habitaciones del área residencial destinadas al protocolo (*tablinia*), salas destinadas a comer (*oeci, stibadia*) o en los dormitorios (*cubicula*) la estructura destinada al soporte del tejado no se dejase ver desde el interior, por lo que existiese un techo igualmente de madera decorado con pinturas, del que no existe registro arqueológico. Ello viene motivado por la relativa riqueza decorativa que se halla en los pavimentos decorados con mosaicos o en las pinturas murales de los paramentos internos de esas mismas estancias.

El consumo de madera destinado a estos fines debió de ser elevado si se tiene en cuenta la extensión superficial de la *pars urbana*, que en muchos casos sobrepasa los mil metros cuadrados. Tampoco hay que olvidar la necesaria

reparación temporal de estas cubiertas cada vez que fuera necesario.

Fuese cual fuese el sistema constructivo utilizado era necesario crear el necesario andamiaje a medida que fueran elevándose tanto los muros perimetrales como los interiores.

En ocasiones la modulación métrica de las aplantas de estos edificios que a veces se ha tratado de aplicar con objeto de detectar fórmulas de construcción regladas no permite una determinación que sea reducible a las medidas clásicas de pies y cúbitos. Ello se debería a que la norma métrica aplicada dependía fundamentalmente de la capacidad de abastecerse de aquellas especies arbóreas que pudieran convertirse en vigas para cubrir los tejados a una o dos vertientes. Las dimensiones de éstos serían los responsables directos de la presencia de estancias dotadas de más o menos amplitud, sin necesidad de crear tabiques intermedios y en definitiva, de la volumetría final resultante del conjunto.

Pero no todos los edificios de la villa se hallaban cubiertos con este tipo de material latericio. La ausencia de tegulae en determinadas estancias del *fundus*, especialmente en las *partes rusticae*

sugiere que lo fueron mediante ramajes, aunque para ello también fue preciso crear el correspondiente entramado que le sirviera de soporte.

Dentro de la construcción también se hallan los vanos, es decir, las puertas de acceso y ventanas de la *pars urbana*. Las primeras como delimitadoras de espacios de esta parte de la villa no debieron de ser demasiado frecuentes, a juzgar por los escasos restos presentes en el registro. La ausencia de marcas de marcos sobre las jambas o de goznes en el pavimento para insertar los goznes sobre los que giraron los batientes impide esa consideración en ocasiones.

Las ventanas ofrecen pequeñas aberturas, apenas reconocidas en el registro arqueológico por hallarse situadas a una altura mayor sobre la de los muros conservados. Éstas, ante la ausencia de vidrios planos que permitieran la entrada de iluminación directa a la vez que alistamiento, deberían de ser ventanas enteramente de madera maciza como en los períodos siguientes.

En cambio en las otras partes de la villa pueden observarse restos que aluden a la existencia de puertas tipo rangua (Figura 4). Suelen ser frecuentes hallar umbrales o dinteles en diferentes



Figura 4. Puerta tipo rangua (1986)

tipos de material cristalino que ofrecen una oquedad lateral destinada a insertar el vástago sobre el cual habría de girar el batiente. Generalmente este tipo de puertas tienden a desprenderse progresivamente hacia el lado opuesto a este eje, creando las correspondientes huellas de uso que denotan la función para las que estuvieron dispuestas (Figuras 5 y 6). En otros casos se ha podido observar, en especial en aquellos vanos de mayor amplitud, la existencia de bloques de piedra situados en los bordes del vano, destinados a servir de soporte del eje citado.

La madera aplicada a la construcción de las *villae* debió de usarse, y de ello no existen dema-

siadas evidencias, acaso por no haberse excavado debidamente los espacios abiertos como el *cohors*. Posiblemente existieran pies derechos de madera que sostendrían galerías paralelas a los frentes de las viviendas principales o sirvieran para ampliar las áreas de actividad en determinadas condiciones meteorológicas a la hora de crear zonas de tránsito entre los diferentes edificios que componían el asentamiento.

El desconocimiento de las alturas de estos edificios impide determinar la existencia de otra altura, bien fuera cubierta o espacios aterrizados y por tanto abiertos. La presencia de engrosamiento de los muros de algunas estancias, por encima de un

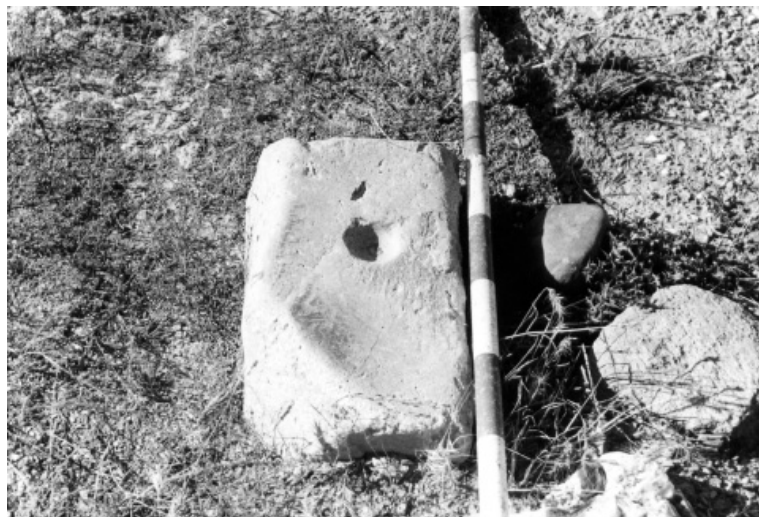


Figura 5. Bloque de soporte de puerta



Figura 6. Laja de umbral de puerta rangua

cubitus, podría significar una segunda altura que requeriría un acceso, acaso a través del exterior como puede observarse aún en la arquitectura tradicional de ciertas áreas peninsulares.

La ausencia de material cristalino del tipo que fuera fue suplida a base de un modo de construir de costes reducidos que imponía a su vez una cierta rapidez, como era el tapial que se reconoce en muchos de los edificios rurales. A partir de una determinada altura del muro, como mucho unos 50 cm., se iniciaba a base de la creación de un encofrado de madera que limitaba lateralmente la anchura del muro y servía para ir acumulando alternativamente tierra y agua que eran apretadas continuamente mediante el pisón hasta lograr un determinado grado de compactación y dureza. La necesidad de trabajar mediante tongadas, una vez seca la inferior, implica un modo de cálculo del ritmo laboral con que se llevaba a cabo.

De todos modos podría citarse otros usos de la madera dentro de la construcción, como los pavimentos elevados sobre muros paralelos de los *horrea* o los muros perimetrales, de los que apenas quedan restos conservados y convendría pensar que fuesen de madera, pese a la presión lateral que los áridos, como los cereales, proporcionan sobre ellos.

ACTIVIDADES DE TRANSFORMACIÓN

La transformación de algunos productos agrarios dentro del mismo *fundus* obligaba a la existencia de espacios adecuados a ello. Es posible que en algunas de estas *villae* tales actividades no constituyesen una actividad de tipo industrial, sino que se debiera sólo al abastecimiento del mismo asentamiento. Aun así era necesaria la creación de unos espacios dotados de los mecanismos para poder prensar la aceituna o conseguir el mosto de la uva. En el primero de los casos la existencia de prensas olearias, cuya tecnología se ha mantenido hasta hace pocos años dentro del mundo rural, obligaba a la existencia de una serie de postes y vigas, *mola suspensa* para una primera extracción de la pulpa y pasar posteriormente a una segunda prensa en el que jugaba un importante papel el *prelum*, una larga viga con el correspondiente

contrapeso. La evidencia de estos mecanismos de prensado en los asentamientos romanos reside en los cilindros graníticos que suelen aparecer en las inmediaciones de las *villae* que actuaban de contrapeso de tales instalaciones, similares a las que se han utilizado hasta no hace muchos años.

Otro tanto podría decirse con el pisado de la uva que requería, como aparece reflejado en la rica iconografía de la vendimia, en unas tarimas elevadas en donde se producía el pisado y desde donde se desprendía el mosto que se depositaba en vasijas situadas bajo ellas (CERRILLO, 1989).

Intencionadamente no se incluye la presencia de todo el mobiliario que debió de situarse en el interior de las estancias, como es natural realizado todo él en madera y del que no existe resto alguno en el registro arqueológico.

LA MADERA COMO COMBUSTIBLE

Aparte de la arquitectura, el consumo de madera se aplicó al combustible para preparación de alimentos y de calefacción. Acaso hubiese que pensar en un criterio selectivo de especies para estos fines, como pudieran ser la encina o el pino.

La existencia de hogares de diversa tipología situados directamente sobre el suelo sirve para confirmar ese empleo, ya que en algunos casos mantienen tras la excavación restos de incendio. Se trata de hogares perfectamente delimitados mediante lajas de pizarra situadas verticalmente y un pavimento de baldosas de las empleadas habitualmente en pavimentos o ladrillos constructivos a modo de material refractario (Figura. 7).

Otro tanto ocurre con la disposición de abundantes cantidades de leña, dotadas del suficiente poder calorífico para aplicarlo a los *prae-furnia* de los correspondientes *balnea* que no suelen faltar en estas instalaciones, como una réplica de las termas públicas y privadas de las ciudades. Situados bajo los *hipocausta* del circuito del baño debieron de consumir abundante combustible con el fin de subir la temperatura de esos ámbitos y permitir la deseada expedición de sudor de sus usuarios. Como es lógico y dependiendo de las áreas geográficas la madera aplicada a estos comportamientos habría de pertenecer a especies de elevado poder calorífico y



Figura 7. Hogar en la villa romana de Monroy

de fácil aprovisionamiento debido a su uso continuo para tales menesteres.

Esa misma aplicación de potencia calorífica a partir de especies vegetales era la destinada a la cremación en los rituales funerarios de este tipo en los momentos anteriores a la práctica de la inhumación como fórmula ritual generalizada a partir de la presencia del cristianismo que reducía considerablemente la expedición de una considerable tasa de energía y por tanto de combustible que consumiera el cadáver como evidencian las manchas de carbón y cenizas que dejan los *busta* o cremaciones realizadas en el lugar donde luego se produciría la deposición de las cenizas y el correspondiente ajuar, o en los *ustrina*, lugares especiales destinados a la cremación. El progresivo cambio al ritual de inhumación sólo implicaba la realización de una fosa de mayor o menor profundidad y los cadáveres solían depositarse directamente en el interior de la fosa. Salvo en aquellos casos en los que pueden observarse restos del ataúd a través de la simétrica disposición de los clavos, o de simples parihuelas sobre las que descansaba el cadáver, este ritual supuso una drástica

reducción del consumo de madera respecto a los períodos anteriores en estos menesteres.

La misma aplicación de calor era necesaria para alimentar posibles hornos destinados a la cocción de cerámica. Es posible que existieran alfares destinados a abastecer al asentamiento de aquellas vasijas de uso común, aunque fuese con carácter estacional, del mismo modo que a producir material latericio para aplicarse a necesidades constructivas menores. Acaso series de *tegulae* de dimensiones diferentes a las observadas como normalizadas en otras partes de las *villae* correspondan a estas producciones locales.

Por último también era necesario el empleo de madera como combustible para las fraguas situadas en los talleres, *officinae*. En la excavación de la villa de Monroy fue posible hallar un espacio reducido destinado a tal fin con la presencia de un hogar elevado del suelo con restos de cenizas y carbones y la presencia del mazo de herrero. En sus inmediaciones se hallaban un elevado número de instrumentos realizados allí mismo, tales como clavos y escarpas destinados, como se señaló anteriormente, a la construcción.

LA FABRICACIÓN DE APEROS DE LABRANZA

El hallazgo en ese lugar de diverso instrumental permite señalar la necesidad de aplicar madera al correcto uso de los mismos. Se trata del instrumental de trabajo agrícola, fundamentalmente los aperos de labranza que hasta no hace demasiados años constituían en las localidades vinculadas a la producción agrícola una actividad profesionalizada llevada a cabo por expertos especialistas. Así la necesidad de producir arados del tipo denominado romano –que han prevalecido hasta no hace muchas décadas- se hallan en el registro arqueológico mediante la presencia de las belortas, anillas de forma subrectangulares que poseían una inflexión en la zona central destinada a aprisionar la cama sobre el timón o lanza del arado y de ese modo dar continuidad y enlazar ambas piezas (Figura 8).

También pertenecen a este apartado realizado por los aperadores, la construcción de vehículos destinados al transporte de la producción agraria, bien fuera dentro de los límites del *fundus* como fuera de él hacia los mercados urbanos. La iconografía ha dejado muestras, no abundantes dentro de *Hispania*, de los diversos tipos de carruajes para estos fines. Las maderas necesarias para ambos tipos de instrumentos requieren un elevado índice de dureza.

La presencia de objetos metálicos, casi siempre de hierro, que precisan de un empuñe para ser usado siempre se orientan al empleo de la madera. Hoces de diversa tipología (*falces*) y aplicación funcional, así como hachas, azadas, legones, alcotanas, etc., implican la necesidad de astiles o empuñes de madera en los cuales incluir la espiguilla para un adecuado y más fácil empleo de ellos (Figuras 9-11).

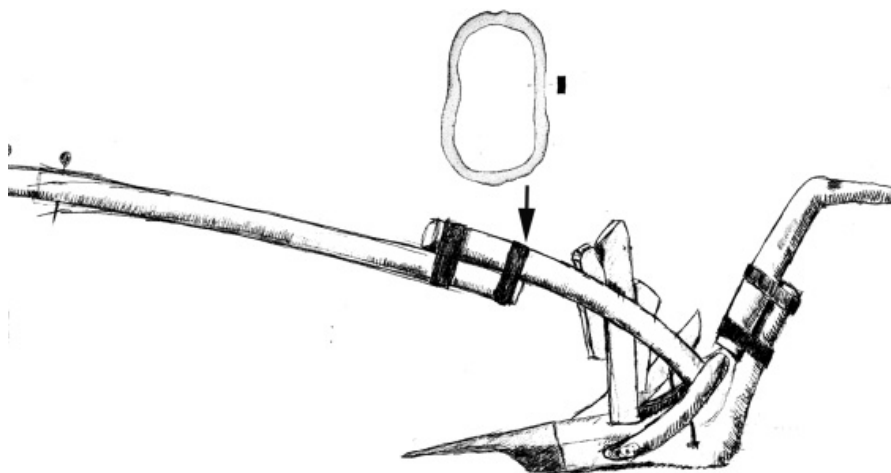


Figura 8. Belorta de arado de cama



Figura 9. Corbillo con empuñe de espiga

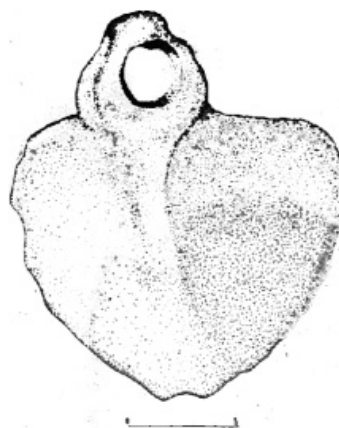


Figura 10. Azada con perforación para astil



Figura 11. Alcotana con astil.

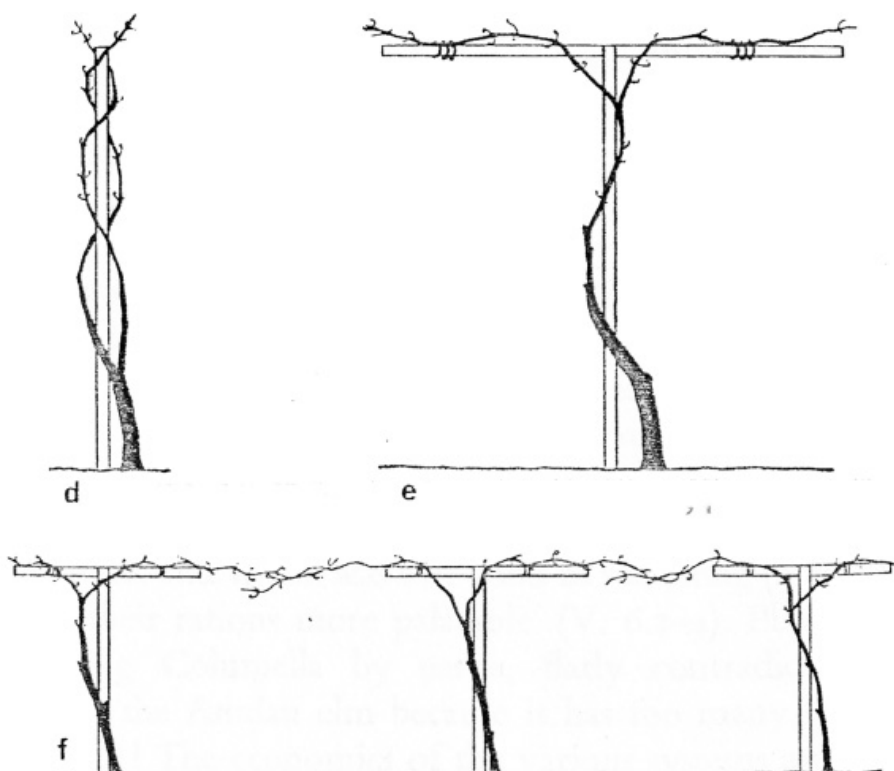


Figura 12. Emparrados para vides según recomendación de Collumella (DE WHITE 1970)

Pero desgraciadamente el registro arqueológico impide detectar la presencia de un abundante instrumental realizado en madera con destino a las actividades cotidianas. Incluso recipientes destinados al menaje de cocina o de mesa.

Aunque de difícil detección, pero una actividad que implicaba el uso de maderas, se encontraba en determinadas zonas de la Península la construcción de rodrigones o pérgolas destinadas a elevar la altura de las vides en aquellas áreas de escasa insolación, similar a las que aún se emplean. Según las recomendaciones de Columella la mejor época para realizar las estacas destinadas a ello serían los meses de menor actividad agrícola y un modo de tener ocupados a la masa de esclavos del *fundus* (Figura 12) (WHITE, 1970).

Sin embargo, esta actividad se llevaría a cabo no todos los años y el consumo de madera no sería excesivo en todas las áreas peninsulares, puesto que se trataría sólo de reparaciones concretas y teniendo en cuenta la extensión de este cultivo que en no pocas ocasiones estaría dedicado sólo a consumo interno y no a la comercialización en las ciudades o destinado a la exportación de los vinos fuera del territorio peninsular.

BIBLIOGRAFÍA

BLANCO, J.P.; 1994. Historia y Ecología: una propuesta metodológica. El entorno forestal

- de la Extremadura dieciochesca. *Campo Abierto* 11: 79-97.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (ed.); 2009. *Simón-Benito Boxoyo Ojalvo, Noticias Históricas de la muy Noble y Leal Villa de Cáceres, Provincia de Extremadura, monumentos de la Antigüedad que conserva, por un presbítero secular de dicha Villa A. D. MDCCXCIV*) 119: en prensa.
- CERRILLO, E.; 1989. Etnoarqueología de la vida rural. De las villas romanas a los cortijos actuales. *En: Antropología Cultural en Extremadura*: 541-555. Mérida.
- Cerrillo, E.; 1990. Áreas de actividad y riqueza en la villa romana de Monroy. Avance de un análisis arqueológico. *En: Etnoarqueología. Primer Coloquio Bosch-Gimpera*: 165-176. México.
- CERRILLO, E.; HERRERA, G. Y DOMÍNGUEZ, F.; 1989. Técnicas constructivas en la villa romana de Monroy y ejemplos actuales. *Alcántara*: 91-109.
- CABALLERO ZOREDA, L.; 1974. La necrópolis tardorromana de Fuentespreadas (Zamora). Un asentamiento en el valle del Duero, *Excavaciones Arqueológicas en España* 80: 130-133.
- CERRILLO, E.; 2006, La villa romana de Monroy. *En: A. Chavarría, J. Arce y G.P. Brogiolo (eds.), Villas Tardoantiguas en el Mediterráneo Occidental, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXIX*: 197-206.
- LATORRE, J.I. Y GURT, J.M.; 1982. Un depósito de tégulas en la basílica paleocristiana de Es Cap des Port. Métrica y modulación del tejado. *En: II Reunió d'Arqueologia Paleocristiana Hispana*: 405-419. Barcelona.
- CERRILLO, E.; 1999. La producción doméstica del vino en la Antigüedad romana. *En: S, Celestino (ed.), El vino en la antigüedad romana*: 63-78. Madrid.
- WHITE, K.D.; 1970. *Roman farming*: 231-236. Londres.